

mamita

M. R.

EN EL REINO
DE LAS
SERPIENTES

20
Ctvs.

nº 22



HECHO EN CHILE POR

UNIVERSO

mamita

M. R.

Revista Semnal de Cuentos Infantiles

DIRECCIÓN: Bellavista 069, Casilla 84-D. Santiago

AÑO I. N.º 22.—Santiago de Chile, 13 de noviembre de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Suscripción anual \$ 9.—

Concurso de Mapas Mudos

ANTOFAGASTA

Primer premio: Arturo Navarro Silva. Calle Padín 733.

Segundo Premio: Tadeo Ramírez, Rancagua 267, San Fernando.

Tercer Premio: Jorge Peña, Constitución. Casilla 61.

MENCIONES HONROSAS

Elena Buzeta Avalos, Cº Litre Lafontaine 369, Valparaíso.

Adriana Guzmán V., Casilla 709, Valparaíso.

Eduardo Parela, Casilla 265, Concepción.

Eduardo Preller Werner, García Hurtado 877, Osorno.

Amory Lorenzen, Casilla 1912, Santiago.

Maria Miranda M., Guevara 193, Rengo.

Filomena Marticorena E., San Vicente. Tunca.

Emma Salas N., Grajales 2458, Santiago.

Estela Cornejo D., Av. Francia 542, Valparaíso.

Lucía Nilo, Urriola 220, Rengo.

Gregorio Bravo P. de L., San Alfonso 948, Santiago.

Elida Ramírez Larraín, San Francisco 792, Santiago.

Soluciones a las 4 adivinanzas

de *mamita* N.º 17

Luis Alvear, Siglo XX, N.º 40, Santiago.—Virginia Mondaca, Prado 2102, Santiago.—Basil Rosenberg, San Francisco 877, Santiago.—Jorge Thibaut, Colón 1939, casa 8, Valparaíso.—Ida Llorente, Amunátegui 226, Playa Ancha, Valparaíso.—Alvaro Yáñez Morales, M. Claro 41, Santiago.—Juan Durán M., Providencia 1183, Santiago.—Matilde Palma, Casilla 895, Concepción.—Rebeca Muñoz, Curicó, Quilpoco.—Eugenio Camparini, Camino Melipilla 28.—Juan B. Muñoz, Curicó, Quilpoco.—Cristina Benavente, Diquén.—Arturo Jeria V., Puerto San Antonio.—Narciso Rodríguez, Cerro Cordillera.—Castillo 458, Valparaíso.—Marta Fariás, Guacolda 288 Ercilla.—Elena Manzo, Carmen esquina Eleuterio Curicó.—Elena Carrasco, Avenida Bisquert 310, Rengo.—Adriana Olivares, Santa Elena 1320, Santiago.—César Ruiz, Casilla 149, Angol.—Laura Labayru, Yungay 2744, Valparaíso.—Hugo Monreal, Dieciocho 788, Santiago.—Sergio Azajra, Purísima 252, casa 13, Santiago.—Ramón Madariaga, Rozas 540, Constitución.—Luisa Gajardo J., Ohiloé

(Continúa en la página 29).



En el Reino de las Serpientes



EN cierto país, vivía un comerciante llamado Pedro, al que pusieron por sobrenombre «Oro», porque poseía una fabulosa fortuna. A pesar de sus riquezas, era muy avaro. Quería que todos trabajasen para él, y siempre decía que no tenía dinero cuando alguien iba a pedirle ayuda. Apenas se acercaba un pobre a su puerta, ordenaba a sus criados que le echasen los perros.

Una tarde, ya al anochecer, llegó un anciano de cabellos blanquísimos y le pidió alojamiento.

—¡Por amor de Dios, Pedro Oro, hospédame en tu casa para no tener que pasar la noche a campo raso!

Le suplicó tanto y con tanta insistencia que Pedro, sólo para que no le molestase más, permitió que lo dejasen dormir en el corredor de la cocina. Al lado, tenía su habitación una anciana pariente suya, gravemente enferma.

A la mañana siguiente, Pedro Oro vió que ésta, perfectamente buena y sana, lo saludaba dándole los buenos días.

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo te mejoraste?—le preguntó.

—¡Oh, Pedro Oro!—repuso la mujer—. Yo misma no lo sé. He visto, no sé si en sueños o en verdad, que ha pasado la noche en el corredor un anciano de cabellos blancos como la nieve. A eso de la medianoche, alguien llamó y dijo: «En la hacienda vecina, en casa de un pobre labrador, acaba de nacer un niño. ¿Qué nombre quiere, señor, ponerle y qué don le concede?» Y el anciano repuso: «Le doy el

nombre de Juan Dolor y lo doto con todas las riquezas de Pedro Oro, en casa del cual paso ahora la noche».

—¿Y nada más?—preguntó Pedro.

—Para mí fué bastante, porque apenas desperté me sentí sana y buena.

—¿Pero las riquezas de Pedro Oro—contestó éste con burla—no serán para el hijo de ningún infeliz!

Sin embargo, le dió qué pensar lo que había oído y quiso asegurarse si era verdad que en aquella noche había nacido en la hacienda vecina algún niño. Mandó enganchar el coche, se fué a la aldea y, dirigiéndose a casa del cura, le preguntó:

—¿Es verdad que en la hacienda nació anoche un niño?

—Sí, es verdad—le repuso el cura—; nació en casa del más pobre campesino de estos lugares; y he oído que le van a llamar Juan Dolor; pero aun no han podido

bautizarlo, porque su padre es tan pobre que nadie quiere servir de padrino.

Entonces Pedro Oro se ofreció para ser él. Trajeron al niño. Lo bautizaron y después tuvieron fiesta hasta la noche.

Al día siguiente, Pedro Oro llamó al pobre, le trató con gran afabilidad y le dijo:

—Oye, compadre, tú eres un hombre pobre y no podrás educar a tu hijo; cédemelo a mí, que lo educaré, aseguraré su porvenir y a ti te daré mil pesos para que no padezcas miseria.

El padre dudó un poco; pero, al fin, consintió, pues creía hacer la felicidad de su hijo. Pedro tomó al niño que estaba jugando entre las flores, lo tapó bien con su capote, le puso en el coche y se fué.

Pasaron varios días en que Pedro Oro buscaba los medios para deshacerse de su ahijado, hasta que se le ocurrió que na-



Estaba sentado, jugando con las flores.

da mejor podría hacer para lograrlo que colocarlo en un barril. Lo tapó bien, lo alquitranó y él mismo lo fué a arrojar desde el muelle al agua.

—¡Que el demonio te lleve, y yo no te vea más!—fué la despedida que le hizo.

El tonel flotó durante algún tiempo, y, por fin, empujado por mareas, llegó a una orilla en donde se elevaba un convento. En aquel instante, salía un monje a echar las redes y oyendo un llanto infantil que partía del tonel, lo sacó, lo destapó y, al ver en el interior un niño, lo cogió en sus brazos y lo llevó al convento. El Superior, creyendo que no estaba bautizado, le puso al niño por nombre Juan y por apodo Dolor.

Transcurrieron dieciocho años, en los cuales Juan aprendió a leer, escribir, contar, a cantar en el coro de la capilla y a ejercitarse en casi todos los oficios. El Su-

perior le tomó gran cariño y lo utilizaba como ayudante en todos los menesteres del convento.

Un día, Pedro Oro se dirigía a un país vecino a cobrar unos trigos que había vendido y, al pasar por el convento, se detuvo. Se fijó en el joven y empezó a preguntar a los monjes de dónde había venido y cuánto tiempo hacía que estaba ahí. El Superior le contó todo lo que recordaba sobre el hallazgo de Juan. Que hacía dieciocho años que un tonel, que venía flotando en el mar, había llegado a la orilla y que en el tonel habían encontrado al niño.

Pedro, después de haberlo oído, comprendió que el joven era su ahijado. Entonces, rogó al Superior:

—A mí me hace falta un mozo tan bien instruído como éste para ayudante prin-

principal en mis negocios. ¿Por qué no permite que se venga conmigo?

El Superior se negó al principio, mas cuando Pedro Oro, venciendo su avaricia, ofreció una donación de dos mil pesos para el convento, a cambio del muchacho, el Superior pidió consejo a los demás monjes y, con la aprobación de todos, aceptó la donación y dejó marchar a Juan Dolor.

Pedro lo envió entonces a su casa con una carta sellada que decía: «Mujer: en cuanto recibas ésta, ve con el portador a nuestra fábrica de jabón y ordena a los obreros que lo echen en una de las calderas de aceite hirviendo; cumple bien lo que te mando, porque se trata de mi más terrible enemigo.—Tu esposo, Pedro».

Se puso en marcha Juan Dolor, sin sospechar la suerte que le esperaba, y en el camino tropezó con un anciano de cabellos blanquísimos, que le preguntó:

—¿A dónde vas, Juan Dolor?

—Voy a casa de Pedro Oro, donde me envía su dueño con una carta para su mujer.

—Permíteme verla.

Juan se la pasó y el anciano sopló sobre el sello y la carta se abrió.

—¡Toma, léela!

Juan lo hizo así, y comenzó a llorar, diciendo:

—¿Qué le he hecho yo a este hombre para que me condene a muerte tan cruel?

—No te entristezcas ni temas nada—le dijo el anciano—. Dios no te abandonará.

Y soplando sobre la carta, se la devolvió con el sello intacto, como si nadie la hubiese tocado.

—Sigue tu camino y entrega la carta de Pedro Oro a su mujer.

Cuando llegó a la casa del comerciante, Juan preguntó por la señora y le man-



ad

—¡Que el demonio te lleve y yo no te vea más! — fué la despedida que le hizo.

dó la carta. Esta la leyó, llamó a su hija y le enseñó el pliego, que decía: «Mujer, en cuanto recibas ésta, prepara todo para casar al día siguiente a Anita con el portador y cumple lo que te ordeno, porque tal es mi voluntad.—Tu marido, Pedro».

La señora organizó rápidamente las bodas; dió a Juan ricas vestiduras, y como él era un mozo cuya bondad e inteligencia se advertían en el semblante, Anita se enamoró de él y con gusto accedió a ser su mujer.

Transcurrido un tiempo, una mañana avisaron que Pedro Oro se aproximaba en su gran velero. Salió toda la familia a recibirlo al muelle y cuál no sería el asombro y la ira de Pedro al ver a su hija casada con Juan Dolor.

—¿Cómo te has atrevido a dársela por esposa?—le preguntó en el colmo de la indignación a su mujer.

—No he hecho más que obedecer las órdenes que me diste—repuso ésta, enseñándole la carta.

Pedro Oro se aseguró de que estaba escrita por su propia mano; calló y no dijo más.

Pasaron así tres meses, al cabo de los cuales el comerciante llamó a su yerno y le dijo:

—Tienes que ir al Reino de las Serpientes y cobrarle a su monarca diez mil fanegas de plata que me debe. De paso, averigua qué se han hecho doce navíos míos que no han regresado desde hace tres años. Mañana mismo, al amanecer, te pondrás en camino.

Al día siguiente, muy temprano, se levantó Juan Dolor, rezó a Dios, se despidió de su mujer, cogió un saquito de harina tostada, un poco de charqui y, ensillando su caballo, partió.

Anduvo por montañas y por valles, y, una tarde, cansado ya de tanto peregrinar, sentóse a reposar a la sombra de una añosa patagua. Medio se estaba quedando dormido, cuando le pareció percibir una voz que le decía:

—¿A dónde vas, Juan Dolor?

Miró Juan a su alrededor y como no divisara a nadie, preguntó a su vez:

—¿Quién me llama?

—Soy yo, la patagua, quien te habla.

—Voy al Reino de las Serpientes, a cobrarle a su monarca diez mil fanegas de plata que le debe a mi suegro.

Entonces la patagua contestó:

—Cuando llegues por allá, acuérdate de mí, que estoy aquí hace ya trescientos años y que quisiera saber cuánto más tendré que permanecer en este sitio.

El joven le escuchó con atención, le prometió preguntarle lo que deseaba y



Empujado por las mareas, llegó a una isla en que se elevaba un convento...

continuó su camino. Más allá encontró un río muy ancho, se sentó en la barca para atravesarlo y el barquero le interrogó:

—¿A dónde vas?

—Voy al Reino de las Serpientes, a cobrarle a su monarca diez mil fanegas de plata que le debe a mi suegro.

—Cuando llegues allá, acuérdate de mí, que estoy pasando a la gente de una orilla a otra hace ya treinta años y quisiera saber durante cuánto tiempo más tendré que seguir haciendo lo mismo.

—Con mucho gusto—dijo Juan—y prosiguió su camino.

Anduvo unos cuantos días más y llegó a la orilla del mar, sobre el cual estaba tendida una ballena de tal tamaño que llegaba a la orilla opuesta; su dorso servía de puente a los caminantes y hasta a las carretas. Apenas puso el pie en ella, exclamó:

—¿A dónde vas, Juan Dolor?

—Voy al Reino de las Serpientes, a cobrarle a su monarca diez mil fanegas de plata que le debe a mi suegro.

—Cuando llegues allá, acuérdate de mí, que tengo que pasar por mi espalda a caminantes y vehículos que destrozan mis carnes hasta los huesos; entérate de cuánto tiempo más tendré que servir de puente.

—Bien, no te olvidaré—contestó el mozo, y siguió más adelante.

Después de caminar todavía mucho tiempo, se encontró con una extensa pradera en medio de la cual se elevaba un gran palacio. Juan Dolor subió por la ancha escalera de mármol y penetró en el palacio. Cruzó muchas habitaciones, cada una más lujosa que la anterior, y en la última encontró, sentada sobre un sitial, una bellísima joven que lloraba sin consuelo. Al

percibir al desconocido, se acercó a él y le dijo:

—¿Quién eres y qué valor es el tuyo que te has atrevido a llegar a este reino maldito?

—Soy Juan Dolor y me ha enviado aquí Pedro Oro en busca del monarca del Reino de las Serpientes para cobrarle diez mil fanegas de plata que le debe.

—¡Oh, desgraciado! No te mandó para cobrarlas, sino para ser comido por el Rey Serpiente. Cuéntame cómo y por dónde has llegado. ¿No te ocurrió nada mientras caminabas? ¿Viste u oíste algo extraordinario?

Juan le refirió lo de la patagua, lo del barquero y lo de la ballena. Apenas había terminado de hablar, cuando se oyó un gran ruido como producido por un torbellino; la tierra empezó a temblar y el palacio se bamboleó. La hermosa joven es-



—¡Toma, léela!

Juan lo hizo así y comenzó a llorar...

condió a Juan en un gran baúl y le dijo:

—Quédate ahí sin moverte y escucha lo que diga el Rey.

Este entró volando en la habitación, husmeó el aire y exclamó:

—¡Carne humana huele aquí!

—¿Cómo habría podido penetrar aquí un ser humano?—contestó la hermosa joven—. Por fuerza has volado muy cerca de la tierra y te has empapado en sus olores.

—¡Oh, qué cansadísimo estoy! ¡Ráscame la cabeza!—dijo el Rey Serpiente, tendiéndose en un inmenso diván.

La joven le obedeció y, mientras él descansaba, ella comenzó a decir:

—¡Amo y señor! He tenido unos sueños muy raros. Soñaba que iba por un camino y de repente oía gritar a una vieja patagua: «Pregunta a tu señor cuánto tiempo me queda de estar aquí».

—Pues se quedará allí—contestó el mo-

marca—hasta que llegue un hombre valiente que le dé un golpe con el pie en dirección al sol; entonces, se romperán sus raíces, la patagua caerá al suelo y allí se encontrará más cantidad de plata que toda la que posee hoy Pedro Oro.

—Luego he soñado—continuó la joven—que me había acercado a un río ancho y grande; había una barca para pasar de una orilla a otra y el barquero me preguntó: «¿Por cuánto tiempo más tendré la obligación de pasar la gente de una orilla a otra?»

—No mucho tiempo—contestó el monarca—. Bastará que cuando se siente un viajero en su lancha, le entregue los remos y la empuje desde la orilla; así se libertará él y el pasajero a quien le suceda esto se quedará, en cambio, de eterno barquero.

—Por último, soñé que estaba pasando

por el lomo de una enorme ballena tendida en el mar, de una orilla a otra. Se quejaba de su desgracia y decía: «¿Por cuánto tiempo todavía tendré que servir de puente a todo el mundo?»

—¡Oh, ésa permanecerá ahí hasta que eche de sus entrañas los doce navíos de Pedro Oro. Apenas lo haga, se sumergirá; sus huesos se cubrirán de carne y después podrá ir a navegar por todos los mares.

A poco, el monarca del país de las Serpientes se quedó profundamente dormido. La joven fué entonces a sacar de su escondite a Juan Dolor y a despedirlo de ese palacio en que solamente peligros había para él.

—Lo que has oído decir al Rey Serpiente—le aconsejó—no se lo digas a la ballena ni al barquero hasta que hayas atravesado el mar y el río. Has sido un muchacho bueno y obediente toda tu vida. Des-



Cansado de tanto peregrinar, sentóse a reposar a la sombra de
una añosa patagua...

de ahora nadie te llamará Juan Dolor, sino Juan el Afortunado.

Este dió las gracias a la joven y tomó el camino de su casa. Después de andar por senderos inacabables, llegó a la orilla del mar. Inmediatamente que lo ve, la ballena le pregunta:

—¿Has hablado de mi asunto con el Rey Serpiente? ¿Me traes alguna noticia?

—Sí, pero la respuesta te la daré cuando haya atravesado a la otra orilla.

Cuando ya puso pie en tierra, le dice:

—Echa de tus entrañas los doce navíos de Pedro Oro y quedarás libre.

La ballena vomitó los doce navíos, que salieron navegando con velas desplegadas, y las olas se precipitaron a la playa, con tal fuerza que, aunque Juan se había alejado bastante, se encontró con el agua hasta las rodillas. Cuando llegó al río, le preguntó el barquero:

—¿Le preguntaste al monarca del País de las Serpientes lo que te rogué?

—Llévame antes a la orilla opuesta y te daré la contestación.

Una vez que así lo hizo, le dijo al barquero:

—Al primero que te pida que lo pases a la otra banda, le entregas los remos y empujas el barco hacia el agua. El se quedará en tu sitio y tu recobrarás tu libertad.

Al fin, llegado delante de la vieja pagtagua, le dió un puntapié, con tal fuerza, en dirección al sol naciente, que el árbol cayó y, debajo de sus raíces, se descubrieron más de diez mil fanegas de plata. Juan miró hacia atrás y vió navegar con rumbo a él los doce navíos que había vomitado la ballena. Los marineros cargaron todas las riquezas en los navíos, y desplegaron luego las velas bajo las órdenes de Juan el Afortunado.

Cuando avisaron a Pedro Oro que se aproximaba su yerno con los doce veleros y dueño de una inmensa fortuna, se enfureció de tal modo que pensó ir inmediatamente en busca del monarca del País de las Serpientes a pedirle consejo. Dicho y hecho. Mandó enganchar su carruaje y marchó. Después de algunos días, llegó hasta el río, en donde el barquero esperaba. Tan luego como Pedro Oro se sentó en la lancha, el barquero le entregó los remos, saltó a tierra y empujó el bote aguas adentro. Y ahí se quedó Pedro Oro, condenado por su avaricia a servir de barquero para siempre.

Entre tanto, Juan llegaba a su casa, en donde su mujer y su suegra le recibieron con grandes fiestas y banquetes. Y como nunca más se supo de Pedro Oro, Juan fué el dueño de todo. Trabajó mucho, comerció y llegó a ser, no sólo heredero de las ri-

quezas de Pedro, sino también el hombre más rico del mundo.

Y así fué como se cumplió la profecía del anciano de los cabellos blanquísimos.

(Continuación de la página 2)

SOLUCIONES DE LAS 4 ADIVINANZAS

2549, San Miguel.—Julio Cerpa, 3 Norte, entre 5 y 6 Poniente, Talca.—René Zavala, Casilla 3629, Santiago.—Elena Zúñiga Girard, Graneros.—Etelvina Morales Reyes, Chiloé 2553, Santiago. San Miguel.—Marta Larenas S., Palazuelos 232, Coelemu.—Aida Ortegú, Riquelme 131, Tomé.—Olga Zurich, Nuble 1414, Santiago.—Hernán Troncoso, Linares.—Raque Alvidez, Av. Placeres 57, Valparaíso.—Manuel Yohuson, Comuna San Miguel.—Smirna Frontalba R., Avenida Salvador 2102.—Oscar Herrera, Nuble 1033, Santiago.—Elsa Cohos Tolosa, Lota Alto. Pabellón 7, plaza 2.—Lucermina Verdejo, Colina.—Loreta Peñaloza, Bascuñán Guerrero 358, Santiago.—Alicia Palva, Rengo.—Isabel Arancibia B., Bezanilla 1265, casa 4.—Emma Alvarez B., J. M. Cousiño 479, Graneros.—Inés Godoy, Lautaro 66, Angol.—Graciela Biondi, Barros Arana 727, San Bernardo.—Adriana Serey, Las Juntas, San Felipe.—Ester Tapia, Hontañeda 2802, Valparaíso.—Julia Blest V., Huemul 1526, Santiago.—Jorge Aracena, Santo Domingo 2959, casa 21, Santiago.—Alicia Burgos, Casilla 40, Coronel.—María Quiroz, Quilpoco, Curicó.—L. Alberto Santander R., M. Rodríguez 728, Linares.—María Muñoz Rojas, L. Ramírez Sanz 2305, Santiago.—Hilda Grandona G., San Pedro 1323, Santiago.—Marito Muñoz Rojas, L. Ramírez Sanz 2305, Santiago.—Aurelio Vásquez, Molina 1125, Santiago.—Fredy Zavala, Santiago.—Fresia Muñoz Gálvez, Rancagua 143, Santiago.—Leonor Fernández, San Martín 230, Temuco.—Rosa Bravo Murphy, Dávila 846, Santiago.—Isabel Bravo Murphy, Dávila 846, Santiago.—Jorge Bravo Murphy, Dávila 846, Santiago.—Ramón Bravo Murphy, Dávila 846, Santiago.—Clotilde Etcheverry, Casilla 68, Coronel.—José Luis Mardones, Cerro Cordillera, Santa Julia 622, Valparaíso.—Carmen Prado, Brasil 29, Santiago.—Olga Costella, P. L. Cuadra 160, Nufca.—Minerva Atria, San Ignacio 64, Santiago.—Dolores Cáceres, Riquelme 881, Santiago.—Elena Garrido, Colón 2342, casa 5, Valparaíso.—Elba González Galaz, Santa Rosa 1189, Santiago.—Hilda Orellana, Cerro Yungay, Voltaire 796, Valparaíso.—Silvia Chamorro, Escuela 5, Santiago.—Amelia Valderrama, Carmen 881, Curicó.—Aida Valderrama, Carmen 881, Curicó.—Lucía Muñoz, Casilla 1185, Santiago.—Pedro Ramírez, Colón 1870, Talcahuano.—Aura Price, Las Cabras. El Durazno. Cachapoal.—Gastón Jorquera, Esperanza 954, Santiago.—Iris Soffia, Morris 538, Valparaíso.—Luz Soffia, Morris 538, Valparaíso.—Ema Aspé, Principal 456, Valparaíso.—Violeta Navarrete, Lampa.—Juan Ibarra Salinas, Londres 63, Santiago.

Concurso de Dibujos de

mamita

Obsequiamos 10 BOLETOS para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

Envíe su dibujo iluminado a: Dirección de la revista "MAMITA", Casilla 84 D, Bellavista 069, Santiago.

C U P O N

mamita

CONCURSO DE PASCUA
N.º 1

Una serie de 5 cupones
dará derecho a 1 número.

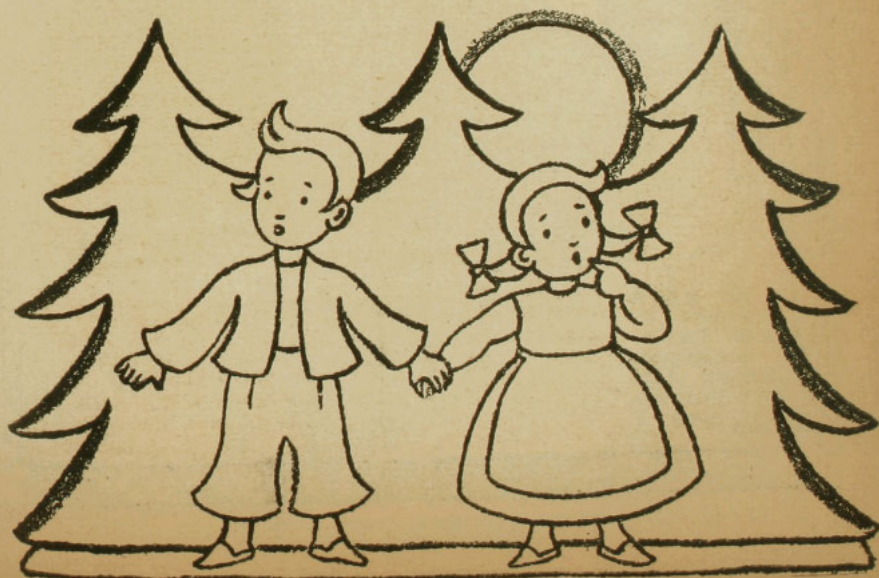
EL CANJE DE CUPONES

comenzó el 1.º de octubre.
¡Empiece a juntarlos desde
ahora!

Córtese por las líneas de puntos

Nombre del dibujante

Dirección



Cada día hay mayor entusiasmo por nuestro

CONCURSO DE PASCUA

Premios para los lectores de

mamita

1.º Obsequio de THE UNIVERSITY SOCIETY Inc., Bandera 86.

2.º Obsequio de Stiemmens Schurkert Ltda., Huérfanos 1017.

3.º Un precioso mecano, \$ 85.

4.º Una regia muñeca de loza, \$ 35.— Obsequios de la Juguetería Principal, Ahumada 19.

5.º Un juego de soldados de guerra, \$ 60.

6.º Un juego de soldados de artillería, \$ 60.

7.º Una cocina y su correspondiente batería, \$ 45.

8.º Un servicio de loza, de té, \$ 40.— Obsequios del Bazar «El Globito», Av. Matta 1042.

9.º Una bomba de incendio, con cuerda y luz, \$ 40.

10.º Un costurero para niña con todos sus útiles, \$ 30.—

11. Moderno sistema de juego de de ruleta, \$ 30. Obsequio de la FERIA ALEMANA, Estado 42, 12 al 20. Nueve premios de \$ 20.— en dinero cada uno.—21 al 40.

Veinte suscripciones anuales a la revista «MAMITA».—41 al 60, 20 ejemplares del libro «Corazón», editado por la «Biblioteca Zig-Zag». ¡El libro que todo niño debe leer!

NOTAS.—Vea detalles sobre este grandioso concurso en el número 16 de «MAMITA».

Ya se inició el canje de cupones. Lleve sus ejemplares a Bellavista 069, en Santiago; a José Tomás Ramos 105, en Valparaíso, o al agente de su pueblo, en provincias. A los que deseen, pueden enviar los cupones por carta a «MAMITA», Casilla 84-D, Santiago. NO RECORTE LOS CUPONES. Basta con que presente los ejemplares enteros para timbrar los cupones.

PRIMER PREMIO



La magna enciclopedia para los muchachos, EL TESORO DE LA JUVENTUD, completa, veinte magníficos tomos en su estante especial y de valor de \$ 750

¡Este sí que es un premio que vale!

SEGUNDO PREMIO



Receptor de radio TELEFUNKEN, mod. 33 L. con altoparlante dinámico en el mismo precioso mueble de tamaño grande. ¿No le gustaría para usted?



El gran
prócer de
la Inde-
pendencia,
don José
Miguel Ca-
rrera.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. R.—A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fos-
fatos, azúcar, etc.